



Círculo Rojo

La leyenda de Laguna Salada

La leyenda de Laguna Salada



María Dolores Martínez Martínez

Primera edición: marzo 2022

Depósito legal: AL 854-2022

ISBN: 978-84-1137-115-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: María Dolores Martínez Martínez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*A la memoria de mi madre, que me llevó de la mano
por la senda de la humildad.*

LA LEYENDA DE LAGUNA SALADA

Esta novela, fruto de la imaginación, transcurre durante finales del s.XVIII y principios del s.XIX, en las Rías Bajas, Navarra y los olivares de Andalucía; los personajes, todos ficticios, se entrelazan a través de la diversidad de sus tierras, sin permitir que las clases sociales se interpongan en sus sentimientos.

PRÓLOGO

Conocí a la autora asistiendo a un taller de creación literaria, una narrativa breve que deja pocos renglones a escritores noveles; sin embargo, en las escasas páginas de nuestros relatos, advertí su percepción del universo por lo plasmado en los suyos. Leyéndolos, suponía ser arrastrada por una momentánea metempsicosis que me concediera apreciar la elegancia de movimientos en la grulla, la infinidad de matices en una translúcida bruma al impregnar la breza o si el nadir del soleado presagiaba un crepúsculo aciago, escrutando el mediodía invernal. Le pregunté si contaba con algún otro y me habló de su proyecto. Se iniciaba en un ambicioso reto para una vocación tardía: ofrecer a su familia un singular presente, confeccionado con la madeja de su cerebro, las agujas de una rescatada ilusión temprana y el esfuerzo de incontables noches en vela; entregarles un testimonio de cuánto los amaba, en formato novela. Así nos embarcamos en esta colaboración, la cual ha supuesto para mí acelerar el aprendizaje del oficio de la escritura, y a ella declamar frente al espejo, como ejercicio previo, antes de recitar frente al gran público. Su perseverancia ha llegado más allá del objetivo, puesto que nos acaba de entregar la primera parte de una trilogía. El comienzo de esta saga se ambienta en el marco de la guerra de la Independencia española, y finalizará en los albores de nuestra Guerra Civil, del siglo xx. El ejemplar que el lector tiene ante la vista, *La leyenda de Laguna Salada*, nos muestra el origen de esta epopeya familiar. Encasillándolo

dentro de un género épico historiado y rodeado de una atmósfera romántica, encontraremos en él a personajes defensores de su amor contra los prejuicios de la época y que lucharán por igualar clases, asumiendo con sus actos los ideales del enemigo; y en el que el sufrimiento por las consecuencias de una cruenta guerra hermanará a compatriotas, en su respuesta ante la devastación de tierras y estirpes. Un volumen donde la ternura sujeta a la impiedad, fiel a virtudes descuidadas en nuestro tiempo, y transgresor de realidades, entrelazando un espacio paralelo y etéreo, protector de los protagonistas, envuelto en una estética primorosamente elaborada.

El trenzado de esta ofrenda hace evocar esa «bella letra» un tanto olvidada, mientras nos invita a descubrir los episodios de las siguientes generaciones, cuyo germen se remonta a la leyenda narrada en un delicioso soneto compuesto para releerlo... Cuando rememoro la frase del filósofo griego Platón, «Al contacto del amor todo el mundo se vuelve poeta», comprendo la inclinación de la escritora, en esta obra que lo inocular. Tenga cuidado al pasar sus hojas, pudiera ser contagiado...

Marta García Aguilera Villaviciosa de Odón,
noviembre de 2015.

INTRODUCCIÓN

La «pequeña hada», expresión utilizada cariñosamente por su esposo al nombrar a Sonsoles, era la mujer más hermosa de Mardorill. La suavidad del terciopelo ardía en sus manos, imponiéndolas en los que necesitaban mejorar la salud. Sonrisas, palabras de ánimo y el hálito a violetas de aquella boca de exquisitos labios aumentaban la gracia... Su cerúlea mirada ganó en hechizo con la madurez, y las primeras canas comenzaron a aclarar la blonda del cabello primorosamente recogido. Discreta y elegante, el atuendo de aquella singular e ilustrada mujer sellaba su airosa figura. Al contraer matrimonio con su adiós a Galicia, se mantuvo fiel a la expectativa del retorno.

Los ojos garzos, velados por la redondez de sus mejillas, la nariz amplia y la expresión sensual de su boca ungían a Augusto, barón de Mardorill, de atractivo; su edad, entrada en años, iba transcurriendo inmersa en una constante actividad. A simple vista parecía un hombre serio y, acompañado de personas alegres, agradable de trato, muy dispuesto a la broma, a veces mandón, otras comedido. Sonsoles reconocía sin más a su amado como a un honesto servidor de su reino, leal esposo y el mejor padre que para sus dos hijos, Santiago y Álvaro, ella pudiese soñar...

Personajes, todos ficticios:

Norte de España.

Barón Augusto Mardorill: Sancho Mardorill, padre; Adelaida, madre; Sonsoles, esposa; Santiago y Álvaro, hijos; Lucía, nieta.

Paulina Delgado, nodriza: Adrián, hijo de Paulina; Mariana, nuera; Fabián, nieto; Agustín, bisnieto.

Señor Íñigo Ridena: Leonor, hija; Blanca, nieta.

Lucas, posadero: Trinidad, esposa; Candelaria y Sara, criadas; hijos de Candelaria. Olaia, hija de Águeda y Aitor.

Marqués Alonso Laruña: Constanza, esposa; Domingo, hijo.

Noroeste de España.

Señor Xenaro de La Colipinta: Celia, esposa; Sonsoles, hija.

Braulio, capataz de La Colipinta.

Perla, curandera.

Rodrigo, labriego minero: Mónica, esposa, y sus hijos.

Marqués Gabriel de Dolomia: Mencía, esposa; Javier, hijo.

Meseta Central de España.

Vendimiadores: capataz, Dulce, Lino.

Teresa, moza de posada y futura niñera de Lucía.

Ganaderos, señores de Naldea, hermanos de Lorenzo, marqués de Montelirio.

Sur de España.

Marquesa Amalia de Montelirio: Lorenzo, esposo; José Manuel, hijo.

Francisco Prieto, capataz de Montelirio: Jacinta, esposa; Inés, hija; Pedro y Cristóbal, hijos.

Román Teda, capataz del cortijo de Las Violetas: Cayetano y Consuelo, padres; Carmen, amiga de Román; Alba y Anselmo, tíos de Carmen.

Sudeste de España.

Vicenta, chocolatera viuda de Luis Teda: Luis, hijo mayor; Amparo, hija mayor; Águeda, hija menor; Juana, hija de Amparo y primera esposa de Martín; Martín, el arriero viudo de Juana.

Susana, la campesina murciana: Felipe y Abel, sus hijos.

India.

Nathan Vanyás, colono francés: Kavita, hija; Afreen, su cocinero.

Francia.

Violette de Vanyás, segunda esposa de Nathan Vanyás; Aitor, hijo de Afreen y Kavita; Anxo Vanyás, hijo adoptivo de Violette e hijo legítimo de Kavita y Afreen.

Isla de La Sencilla.

Colono Altán, primer hijo de Kavita y de Afreen: Priya, esposa de Altán.

Shaila, hija de Altán y de Priya; Asil, protegido de Priya y esposo de Shaila.

Navarra, 1804

La baronesa Sonsoles, como era su costumbre, despertó al amanecer. Con motivo de la vendimia, su esposo la había precedido en su afán de aligerar las numerosas ocupaciones que tenía por delante a lo largo del día en la baronía; casada muy joven con el barón Augusto, con inusitada ansiedad, dado su apacible carácter, esperaba la llegada de su hijo menor, Álvaro. La baronesa, intentando tranquilizarse, solicitó de uno de sus fieles servidores ensillar a su yegua para cabalgar hasta el lugar que le transportaba a su hábitat. El macizo rocoso, frecuentado en ocasiones por ella, se alzaba a una altura considerable del valle; no había obstáculo posible que le impidiese dirigirse a su acuífero, donde el agua deslizándose entre las peñas se fundía con la luz en un latido acorde; allí sentía que formaba parte de aquella energía sin marca de tiempo... Siguiendo su cauce, erguida en la grupa de su yegua, emprendieron el descenso por el lado opuesto a la garganta... Una extensa pradera cubierta de violetas y hierbas aromáticas, se había esmerado para presentarle a su señora sus mejores dones, antes de que continuase su recorrido por una senda entre avellanos que seguía el curso del río hasta introducirse en un bosque selvático de profusas hayas; en su centro brotaba un manantial formando una pequeña ciénaga donde Sonsoles se sumergía.

El veintiocho de agosto los habitantes de Mardorill se recreaban con la fiesta de inauguración de la vendimia. Las jóvenes solteras, portando una pequeña cesta de mimbre repleta de uvas, entusiasmaban a los presentes con su danza; bailaban al ritmo que marcaban las gaitas y los tambores, con el traje apropiado para la ocasión: usaban medias blancas como era la costumbre para resaltar su soltería, el justillo con un peto de brocatel dejaba lucir las mangas de la camisa de lino y se ataba con un cordón acabado en borla dorada que, según estuviesen o no comprometidas, colgaba del lado derecho o izquierdo; la falda interior era de paño de color azul con una sobrefalda vuelta, que mostraba un forro encarnado sujetado por detrás con un vistoso cordón; unas cintas del color de la liturgia enlazaban sus largas trenzas.

Santiago, primer hijo de los nobles del lugar, había nacido aquel mismo día en mil setecientos setenta y ocho. Su madre celebró el acontecimiento entregando una generosa suma de maravedís a cada familia de los siervos de sus dominios, que se repetía a lo largo de los años en la misma fecha. En aquella ocasión, con motivo del veintiséis cumpleaños de Santiago, los barones dieron una recepción invitando a señoritas de la nobleza para favorecer el compromiso de sus dos hijos, Santiago y Álvaro.

Álvaro, el menor de los dos hermanos, vivía en Galicia con sus abuelos maternos tomando la heredad del pazo por decisión del abuelo que, debido a su enfermedad, se vio obligado a ceder al nieto su gobierno antes de lo previsto. El anciano señor le rogó su regreso a La Colipinta, tan pronto como acabase en Mardorill la recepción en honor a su hermano. Álvaro, en su largo viaje hacia el hogar paterno, descansó en Logroño en la residencia de los señores de Laruña, amigos de sus padres, para entregarles la invitación de la fiesta de cumpleaños de su hermano Santiago. Allí conoció a la joven Blanca, nieta de ellos, con la que se comprometería más adelante.

Con el retorno al hogar de su hijo pequeño, la baronesa disfrutó de aquel momento anhelado durante tantos meses. Su corazón se desbordaba de amor y todos los detalles que quedaban pendientes para la celebración se solucionaron de la mejor manera sin que fuese necesaria su intervención. Ella solo tenía tiempo para disfrutar de la compañía de su hijo. A su esposo Augusto aquello no le extrañaba, pues de sobra conocía él la reservada eficacia de su esposa llegado el momento oportuno. La mañana posterior a la fiesta, Augusto comunicó en la biblioteca a su familia la decisión que había tomado.

—Santiago, hijo, es hora de que tomes el gobierno del cortijo de Las Violetas, que heredé de mi madre en Andalucía. Debes ocuparte de sus viñedos, olivares, cultivos de cereales y reses bravas de las dehesas que lindan con las de mis primos, que te acogerán con afecto. Desde que eras niño tuviste una inclinación natural por nuestra ganadería; tu interés por todo lo relacionado con ella y por el sur ha ido creciendo con los años, por eso he decidido que viajes hasta allí con la misión de poner en orden nuestra maltrecha economía. Te he educado para que ejerzas con mesura y rectitud el mando de nuestros empleados. Eres templado y alegre, y sé que sabrás coordinar la cordialidad con el respeto. Vuestro abuelo Xenaro reclamó la presencia a su lado de Álvaro, debido a su enfermedad, y accedí, pues es el heredero del pazo. Considerando a Álvaro algo permisivo con la servidumbre, confíe en mi amigo Gabriel para que le instruyese en su rigor; creo que el marqués sabe cómo debe repartir comprensión y exigir compromiso entre los campesinos de sus tierras. El pazo no parece responder a mis expectativas, a pesar de la presencia en él de tu hermano, por lo que viajaré allí con tu madre en breve tiempo, tan pronto como deje los cabos bien atados en Mardorill.

—Lo siento, padre, hago todo lo posible. Yo, en cambio, sí creo que mi labor en el pazo ha sido conveniente; es más importante instruir a los campesinos, misión en la que me empeño,

para que sean capaces de sacar adelante por sí solos los terruños que les arrendamos; con el debido respeto, opino que debieran ser más suyos que nuestros. El canon de las tierras es excesivo, padre, creo que por ese motivo se las han ganado con creces. Si de mí dependiese serían de su propiedad; ya vería cómo prosperaban sin más. —Álvaro se arrepintió al instante de haber tenido la osadía de sincerarse con su padre.

—Es tu opinión, hijo. Si estás tan seguro de ella deberías hablar con tu abuelo, ya que eres su heredero.

—Perdón, padre, mis palabras han sido fruto del sincero aprecio que siento por nuestros paisanos del pazo.

—¿Acaso pones en duda la integridad de Xenaro para con sus arrendados? Sospecho que no has investigado a fondo la sucesión de dificultades que presentan aquellas tierras, hijo.

Sonsoles, apesadumbrada, intentaba no dejar evidencia de ello y acercándose a su hijo le abrazó, orgullosa de comprobar la generosidad que desprendía su corazón.

—Álvaro, tu padre y yo estamos satisfechos de tus intenciones. El tiempo moverá los hilos de tu destino, ajustándolos a la voluntad de tu buen corazón.

Sonsoles besó a Álvaro en la frente. Sus dos hijos eran de caracteres diferentes, y ella, conociéndolos a fondo, los respetaba. Tenía muy presentes sus hazañas de la infancia en las que ya sobresalían las singularidades de cada uno... Álvaro fue transformándose con el tiempo en un joven inteligente, de cuerpo robusto, rubios y ondulados cabellos y grandes ojos garzos iguales a los de su padre. Según el acuerdo del reparto de la herencia familiar, le correspondía a Álvaro el pazo de La Colipinta y el abuelo aceptaba que su nieto menor fuese el heredero; de saber que su deseo era repartir todas las tierras del señorío entre sus labriegos asalariados, aun considerándole identificado con sus tierras, seguramente hubiese cambiado de opinión.

Para Santiago, como primogénito de Mardorill, estaba destinada la baronía, por lo que había resultado más justo otorgar

el pazo a Álvaro, segundo descendiente de los barones. Sonsoles sonrió recordando todo aquello; su hijo mayor se hubiese conformado tan solo con el cortijo de Las Violetas en Andalucía. Sin esperar a la Navidad, Álvaro emprendió su viaje de regreso a Galicia, donde le aguardaban las responsabilidades que comportaba el señorío; dejó a sus padres esperanzados ya con su próxima visita y se despidió de su hermano Santiago, deseándole suerte en el viaje que iniciaría en primavera, hacia Andalucía.

Andalucía, 1804.

Cuatro meses antes de la marcha de Santiago a Andalucía, Augusto escribió a sus primos, Amalia y Lorenzo, dueños de la hacienda de Montelirio, para reiterarles que su primogénito viajaría a principios de abril a sus tierras del sur, instalándose por tiempo indefinido en el cortijo de Las Violetas.

Lorenzo, entusiasta de la caza, a la que dedicaba gran parte de su tiempo, amaba intensamente a su mujer, lo que no le impedía pasar largas temporadas separado de ella, que admiraba el carácter cortés de su esposo; de más baja estatura que Amalia, el marqués tenía oscuros cabellos y profundos ojos negros. Lorenzo celebró la carta de Augusto, pues sabía del mal gobierno del cortijo; tiempo atrás, había observado que en la finca del barón su capataz no cumplía con su obligación, y decidió comunicárselo por carta a su primo. Amalia no cabía en sí de gozo por las nuevas recibidas. Su esposo disfrutaba ante su alegre carácter. Pálida de piel, con unos grandes ojos azules muy parecidos a los de su primo Augusto, por quien sentía un gran afecto, llamaba la atención entre sus gentes de tez más morena y ojos oscuros. Siendo niños, los primos se reunían en las temporadas de verano; sus respectivas madres, Adelaida y Elisa, eran hermanas. Adelaida, la mayor, heredó Las Violetas, contrajo matrimonio con Sancho, un joven noble, navarro, y abandonó

Andalucía para instalarse con su esposo en Mardorill; Augusto fue su primer y único hijo. Elisa, la menor, se casó con el marqués de Montelirio, un noble andaluz; la hija mayor de Elisa, Amalia, en su día heredó la hacienda de sus padres, el marquesado de Montelirio. Amalia luchaba por ser una dama emancipada; le gustaba la música y del baile flamenco le atraía de manera imperiosa la pasión que flotaba en aquellos ambientes; agradecía las salidas de su esposo a su finca de caza situada en el interior de la sierra, pues aquellas ausencias le permitían viajar a la capital e instalarse por unos días en el palacete que allí tenían: por las mañanas visitaba las tiendas de telas, para encargarse a su modista le confeccionase los vestidos de más actualidad; acompañada de sus amistades solía acudir por las tardes a los saraos, a veces, o a tertulias literarias. En la relación matrimonial se dejaba amar sin participar de ella con el mismo ardor que su marido.

Mardorill. Abril, 1805.

Santiago emprendió satisfecho su largo viaje a sus tierras del sur. De complexión atlética, agradable y delicado rostro, castaños los rizados cabellos y moreno de piel, tenía en sus azules ojos una mirada inquieta que armonizaba con su espíritu aventurero. Al primogénito de los barones se le hacía larga la espera. En un frío amanecer de principios de primavera, se dispuso a dejar atrás Mardorill; su familia le despidió en el pórtico del palacio.

—Adiós, Santiago, vamos a extrañarte. —Sonsoles acomodó a su hijo los mechones de cabello despeinado—. No nos olvidéis.

—Descuida, madre, quiero llevarme tu sonrisa bien prendida en mi memoria. No estés triste —dijo Santiago dándole un abrazo.

—Ánimo, Santiago —dijo Augusto—, sabemos que las irregularidades en Las Violetas comenzarán a solucionarse al poco

tiempo de tu presencia allí. Prométeme que no cejarás en el empeño.

—Confíe en mí, padre —dijo Santiago.

Olaia, la joven pelirroja ahijada de Sonsoles, se acercó a su madrina para protegerla del rocío de la mañana con una mantilla que colocó sobre sus hombros. Sonsoles, dominando las lágrimas, extendió las manos solicitando el consuelo de la muchacha, que las estrechó con respeto diciéndole:

—Volverás a ver a Santiago pronto, mi buena hada.

Santiago partió en un carruaje haciendo breves descansos. Ya en tierras salmantinas, por indicación de su tía Amalia, pasó por la hacienda donde vivían los señores de Naldea, hermanos de su tío Lorenzo. Fue recibido con afecto, descansando dos días en su casa de campo, donde tuvo la ocasión de conocer las reses bravas de parecida estirpe a las que se criaban en su finca de Andalucía. Reanudó la marcha descansando tan solo en la noche, durante dos jornadas de viaje. Ya sin fuerzas y apenas provisiones, sin ánimo de restablecerlas con la caza, se permitió una parada de tres días en un pueblo de viticultores de la provincia de Toledo. Lo primero que hizo fue solicitar una entrevista con la autoridad, por ser gran amigo del señor de Naldea, consiguiendo, sin mucha dificultad, ganarse sus simpatías. El alcalde le brindó una habitación en su casa y se ofreció a informarle sobre la forma en que en su región se trabajaba el cultivo de la vid; aquello le sirvió como referencia de lo que estaba decidido a aplicar en sus viñedos. Antes de continuar su viaje, tuvo unos instantes de meditación sobre aquel lugar que, sin apenas imaginarlo, marcaría su destino.

Pedanía El Candil (Murcia), 1805.

Pequeños caseríos y huertas ocupaban la falda de la sierra de la pedanía de El Candil; en un corte de la ladera, compuesto por un macizo blando e impermeable, se excavaban las cuevas a las que se accedía por una vereda semiescondida entre los arbustos que predominaban en aquel paraje. En el interior de una de ellas, una joven campesina madre de dos niños de corta edad se enfrentaba a una decisión que estaba a punto de cambiar su existencia y por consiguiente la de sus dos hijos. El pequeño espacio en la entrada de la cueva presentaba dos habitaciones y un pozo de luz; una de ellas era la única exterior y correspondía a la cocina con una ventana de reducidas dimensiones perforada sobre el muro y un pozo chimenea. La joven, sentada en un rudo taburete de tronco de pino bajo el rayo de sol que penetraba por el pozo de luz, velaba el sueño de sus hijos decidida a emprender con ellos el viaje que los alejaría definitivamente de aquel lugar. Susana entró en la cocina dispuesta a prepararles un escaso y último desayuno; ella se habría adaptado al lugar, si el hombre que les había abandonado hubiese respetado lo prometido a su familia. Al poco tiempo de nacer los hijos, el tiempo en que su compañero permanecía ausente se prolongaba, cada vez regresaba más extraño y pendenciero, bebía en exceso y tras unas continuas

resacas se disculpaba prometiéndole no volver a repetir aquellas escenas. Habían transcurrido dos días desde que él abandonó la cueva para no regresar más, tras un suceso ocurrido la noche en que estuvo a punto de descargar sobre sus hijos toda la ira que le dominaba. Susana, en un instinto protector incontrolable, le amenazó con el cuchillo que utilizaba para partir la calabaza que, compadecido de su pobreza, le había regalado el arriero que se acercaba a veces por aquellos parajes ofreciendo sus mercancías.

Atrás habían quedado los tiempos en que Susana y un zagal compañero de juegos vecino de la casa donde ella vivía con sus padres crecieron juntos desde niños... Ya adolescentes, el muchacho abandonó el lar decidido a buscar la forma de poder ganarse la vida y ayudar a los suyos de mejor manera. Regresó tres años más tarde, encontrándose con un clima desolador: sus padres habían perecido por la enfermedad, que ahora asolaba a los de Susana. La muchacha se encontraba sumida en una profunda depresión viendo cómo era incapaz de conseguir con su trabajo, como campesina, el dinero necesario para las medicinas que podían aliviar la tuberculosis de sus padres.

El joven, convencido de que su resentimiento con la sociedad que había permitido la desgracia de sus familias era más que justificado, marchó de nuevo, dando palabra a Susana de que regresaría con lo necesario para aliviar la delicada circunstancia por la que atravesaba su familia, ganándose la confianza y el corazón de su amiga con maneras amables. Susana aceptó la proposición de unirse a él sin papeles que justificasen la situación, comprendiendo el remedio que aquel romance implicaba para los ancianos. Él le repetía que debía confiar en su manera de pensar y conseguir las medicinas inalcanzables para ellos. La primera decepción de Susana fue la cueva que el hombre que acababa de abandonarla a ella y a sus hijos le ofreció como vivienda con objeto de permanecer oculto. Susana estaba convencida de la definitiva decisión de su compañero de no regresar. Después del episodio acontecido

con sus hijos y tras prepararse para el viaje, se encaminó a la casa de sus padres, desolada, con la certeza de que los ancianos ya no recibirían su ayuda. Ante su vista se extendía la escasa vegetación de aquel paraje donde había crecido; lo que más proliferaba en él eran los matorrales de esparto. Ella soñaba con la llegada de la primavera para verlo vestido de la flor púrpura con numerosos estambres amarillentos que daba la jara blanca, y de los matorrales de tomillo que la obsequiaban con su aroma. Su padre, satisfecho, comprobaba como, no siendo común en aquel entorno, por unos días, las flores de la albaída, enluciendo por entero de un brillante tono dorado al campo, les aportarían el beneficio de sus propiedades medicinales.

Los únicos cursos de agua de aquel lugar profundo eran torrentes y barrancos, sin caudal la mayor parte del año; contaban con pequeños cultivos de almendros y de olivos, dando apenas para subsistir pobremente, cuestión agravada con la enfermedad; aquella evidencia hizo pensar a sus padres que era mejor alejar a Susana de su compañía. La muchacha no estaba arrepentida de haber seguido su consejo, el tiempo que su pareja procuró el alivio de la enfermedad sufrida por ellos, y los dos hijos de su relación eran motivo más que suficiente para perdonar. Ya no sentía amor; el violento carácter de su compañero había apagado aquel sentimiento, solo necesitaba ayuda para salir adelante sin pesar por la decisión que había tomado.

Antes de iniciar una nueva vida lejos de aquella tierra, tenía que despedirse de sus padres; era necesario por la seguridad de los niños alejarlos. Confiaba en que se encontrasen mejor; de no ser así solicitaría el auxilio del dispensario para conseguir la mejor manera de atenderlos. Al acercarse a la casa, el ánimo de Susana quedó atrapado en el gélido viento que despejaba la niebla del ambiente. Una higuera y un algarrobo plantados en su día con la intención de dar sombra presentaban un aspecto extenuado por la sequía a uno y otro lado de la entrada de la placeta de la casa.

En el tronco del algarrobo anidaba un cernícalo de dorso rojizo y, a mayor altura del árbol, una familia de verderones se había arriesgado, inconsciente, a formar allí su nido. El ave rapaz cernía paciente para alcanzar su objetivo sobre la cría de verderón que empezaba a estrenarse en solitario con sus primeros vuelos por la placeta. De súbito se lanzó en picado sobre él, apresándolo con la fuerza de sus blancas uñas a corta distancia de la mujer y los niños. Sobrecogida, Susana lo tomó como una advertencia de sus ancestros para recordarle que debía permanecer siempre cerca de sus hijos evitando así que nadie osara arrebatárselos. Cuando abrió la puerta con la llave encubierta bajo una maceta que aún albergaba una débil mata de aloe, comprobó que sus padres no se encontraban en la casa; acercándose a la mesa de la cocina encontró sobre ella una nota aclaratoria de las monjas del ingreso de ambos en la enfermería. Volviendo sobre sus pasos, se encaminó al pueblo y encontró a sus padres en el asilo muy enfermos; se despidió de ellos con dolor, prometiendo volver.

El arriero Martín, un hombre de mediana edad evidenciada por unas sienes cubiertas de canas, de complexión fuerte y de talante agradable, encontró a Susana, recién entrada la mañana, con sus dos zagales saliéndole al paso en un camino bordeado de naranjos. El día anterior, Martín había auxiliado a Susana ofreciéndole agua y fruta para los niños en la puerta de una ermita. Martín era viudo y de buen corazón. Por los familiares de su difunta esposa conocía la historia de Susana y de sus padres, a los que habían socorrido en repetidas ocasiones debido a su extrema pobreza, y miraba a la joven, impresionado por su belleza, que él sabía apreciar incluso ante su desaliñado aspecto.

—Soo, ¿qué se te ofrece de nuevo? —preguntó Martín a Susana.

—Buenos días, Martín, por favor, necesito alejarme de nuestra tierra. Sé que entregas géneros a los pueblos más próximos; llévanos, te lo suplico. —La mujer mostraba en su rostro huellas de la vida tan dura que soportaba y el arriero no dudó.

—Vamos. ¿A qué esperáis? Os ayudaré a subir.

Martín vio el miedo reflejado en los ojos de la muchacha. Él sabía que los padres ya no estaban en condiciones de recogerla y consintió en llevarla con sus hijos a Villanueva del Alba. Susana, agradecida, subió a la carreta acomodándose atrás con sus hijos. La primera parada se hizo transcurridas cuatro horas de viaje, en un pueblo al pie de la sierra que debían cruzar para llegar a su destino. Martín confiaba en que Susana se sincerase con él, y esperó atendiendo a las demandas de los niños seguro de que al fin lo haría; no sucedió y prosiguieron el viaje sin apenas comunicarse, excepto para comentar el tiempo o la gozosa disposición de los pequeños en la aventura que emprendían. La joven estaba avergonzada; no sabía qué pensaría Martín de ella, quizás reprochase su comportamiento y su orgullo le impedía defenderse. Martín, a su vez, pensaba que Susana quizás desconfiase y por ese motivo no había querido entablar con él una conversación amistosa; probablemente amaba a su hombre y estaba ya arrepentida de la decisión que había tomado. Resolvió aclarar sus dudas y antes de adentrarse en la sierra paró a los caballos en seco con la intención de preguntarle si estaba segura de querer alejarse de su vida anterior. Se encontraban a la entrada de un bosque de pinos y carrascas; los niños bajaron, raudos, sin apenas necesitar la ayuda de su madre, pidiendo agua y comida, y deseosos de dar salida a toda la energía desbordada en su interior.

—Susana, yo soy hombre de pocas palabras y sinceras y, en la medida que me es posible, procuro hacer el bien a los que me rodean. Tú me pediste ayuda cuando nos encontramos en nuestra pedanía y yo de buen grado os he traído hasta aquí; lejos de mi intención está el juzgar tu huida, porque eso es lo que pienso que es la aventura que con tus hijos has emprendido, pensando que es la mejor manera de aliviar vuestro infortunio. Si no es tu deseo confiarme tus motivos, sea como gustes, puedes ver que yo confío en ti y por eso estáis viajando en mi carreta hacia el pueblo al que

nos dirigimos. Debes tener claro que, una vez pasemos este bosque, la travesía por los collados que nos permitirán dejar atrás esta sierra ya no tendrá conmigo vuelta atrás. La mercancía que llevo podría echarse a perder y, si deseas regresar, tardaríamos bastante tiempo en desandar la senda trazada.

—Martín, de nuevo te doy las gracias por tu confianza. Te ruego no tomes a mal este silencio. Estoy segura del paso que he dado con mis hijos y, de momento, no deseo hablar de los motivos de nuestra huida porque me duele mucho recordarlos.

Prosiguieron su viaje, dejando atrás aldeas y montes de pinos salgareños, acebos y tejos ya muy escasos en el sur. A medida que avanzaban hacia el final de su trayecto, anunciaban su proximidad las violetas de Cazorla, dejando su aroma humildemente impregnado en las riberas de los cauces de agua. Desde los riscos, las cabras montesas los observaban cautelosas.

Villanueva del Alba (Andalucía), 1805.

A primera hora de la mañana del segundo día de viaje entraron en el pueblo andaluz al que se dirigían y tras dejar atrás las primeras calles que los conducían a la plaza del pueblo, Susana y sus hijos se separaron del arriero, esperando que les trajese alguna noticia de empleo para la mujer de las casas grandes a las que se dirigía, prometiendo a la muchacha que al finalizar sus entregas le daría alguna respuesta, posiblemente favorable, de su petición y, de no ser así, seguirían intentándolo en otras localidades cercanas. Susana quedó en la plaza buscando trabajo por su cuenta entre la gente que encontraba. Movido por una mezcla de curiosidad y admiración ante la belleza de Susana, Román, el capataz del cortijo de Las Violetas, se acercó a la mujer.

—Ayúdeme, señor, he oído a la señora del puesto de hortalizas comentar que es usted el capataz del cortijo más importante de

este lugar. Mis hijos pasarán hambre si no encuentro labor. Me llamo Susana y puedo ser muy buena trabajadora; quizás necesitéis de una mujer honesta para entrar a formar parte del servicio de vuestra casa.

—¿Dónde está tu esposo?

—No tengo esposo —contestó Susana.

Román observó a la joven, que alimentaba con pesar a sus dos chiquillos con la chacina y unos trozos de pan proporcionados por Martín. Susana ocultó su verdadera historia al capataz.

—Viví dos años con el padre de mis dos hijos. Una noche no regresó a la casa que ocupábamos; no he vuelto a saber de él.

—Algo más, muchacha, no dispongo de mucho tiempo.

—Martín, el arriero de aquella pedanía, se ofreció a traernos hasta este pueblo. Según me ha dicho, se dirige ahora a la hacienda de Montelirio.

—Podéis venir conmigo; necesito sirvientas en el cortijo.

A media tarde Román y sus acompañantes dieron por finalizado su viaje al llegar al cortijo de Las Violetas, y Román se dispuso a preparar una cena, compadecido del cansancio y ansiedad de los niños y la madre.

—Lavaos bien las manos y la cara en la fuente o, mejor dicho, Susana, echa unos cubos con agua del pilón a los niños, está caliente del sol de mediodía, coge jabón de la pila de fregar, así podrás frotarlos bien, y apresúrate, que yo sigo con la cena.

En aquella noche de San Juan, el calor se hacía notar con intensidad. Román se ocupó de asar un cordero en la parrilla del hogar, preparó tomates cortándolos en rodajas y aliándolos con orégano y aceite de oliva, como a él le gustaban, llenó tres escudillas con aceitunas y, tostando bastantes almendras, lo puso todo sobre la mesa. Román fue vaciando un cesto de naranjas para utilizarlas en extraer el zumo depositado en las jarras, que brindaba a los niños y a la mujer. En el firmamento, la luna llena competía en esplendor con un manto de estrellas. Los niños saborearon

las chuletas con deleite, pues nunca antes las habían probado. Román se levantó para preparar dos jarras de leche, y Susana comenzó a retirar las sobras de los platos. Los pequeños, cansados del largo viaje y satisfechos de la buena cena con la que habían sido favorecidos, quedaron rendidos; su cabecita descansaba sobre la mesa, al no encontrar mejor almohada, dando muestras del plácido sueño al que se habían entregado. La madre los cogió en brazos llevándolos hasta la cama de una de las habitaciones, y se apresuró a regresar a la cocina; quería agradecer a Román la cena ofrecida a sus hijos y comprendió el malestar que causaba en el capataz su falta de limpieza; cuando la invitó a acompañarle al río, ella accedió avergonzada.

—Vamos a bañarnos, hace calor.

Susana aceptó sin despojarse de sus prendas interiores, al igual Román, que, al salir del agua, intentó ocultar el deseo que le despertaba su cercanía vistiéndose con rapidez y dándole la espalda; esperó a que ella siguiese su ejemplo.

Pasaban los días... Ambos jóvenes fueron consolidando una sincera amistad. Román no comprendía la ternura que le despertaba la muchacha y hasta qué punto la comprendía; era como si leyese en su interior la verdad de todo cuanto le relataba, especialmente el momento en que Martín se había pasado por el cortijo en su último viaje para comunicarle el fallecimiento de sus padres, y vivía su dolor tan dentro que, a veces, tras escuchar atentamente las quejas de Susana por su vida pasada, era incapaz de retener las lágrimas y, entonces, se sinceraba como nunca antes lo había hecho con nadie manifestándole su ilusión de ser algún día el dueño de su propio cortijo.

El verano llenaba de ardor los campos de aquella tierra. Susana y Román no volvieron a coincidir en su baño en el río. Susana adquirió la costumbre de acudir al amanecer, antes de que despertasen sus hijos. El Gran Río pasaba muy cerca del cortijo y era posible, por tanto, regresar a tiempo para preparar los desayunos.

Un día, teniendo una jornada de intenso trabajo, Román se adelantó a Susana. La noche había sido especialmente calurosa, siendo imposible conciliar el sueño. Susana no le vio hasta que estuvo en el agua y, a pesar de que se había prometido no dejarse llevar por la pasión que ya Román le despertaba, tuvieron un primer encuentro íntimo; ambos aceptaron que los motivos para fundir sus naturalezas eran más fuertes que las razones que los llevaban a separarlas. El capataz comenzaba a convertirse en el eje de su existencia.

Santiago siguió su viaje y dejó atrás el pueblo toledano, deseando acercarse cuanto antes a su cortijo. Alcanzó un terreno de escasas pendientes, donde humedales y cauces fluviales de aguas salinas y dulces se desbordaban al unirse, dando lugar a lagunas. Distintas especies de aves como el ánade silbón o la garza real, un buen número de molinos de agua en el río que ahora bordeaba y un batán abatanando insistente la lana de las ovejas fueron apareciendo en aquel tramo de su viaje, transportándole a recuerdos de la tierra de sus abuelos. El carruaje del hidalgo atravesó aquellos parajes, vadeando una sierra en el límite de la provincia para adentrarse en la altiplanicie que ya pertenecía a las tierras del sur a donde se dirigía; así le fue posible admirar a los caballos salvajes entregados al pasto. Animado por el proyecto de aumentar su ganado equino, aceleró su marcha. Profundos cortes de ríos, a los que intentaba seguir el cauce, abrían aquellos páramos en terrenos escabrosos, que se mezclaban con una amplia masa forestal de bosque de pinos, encinas, quejigos, arces, avellanos y acebos.

Próximo a su destino, alcanzó su vista a las montañas con suaves pendientes y valles, donde el Gran Río, con uno de sus afluentes, favorecían cultivos agrícolas sobre los que predominaban numerosos olivares. Las tierras de Montelirio se encontraban en uno de aquellos valles donde Amalia y Lorenzo recibieron a Santiago con afecto. José Manuel, su único hijo, cursaba estudios en un monasterio de frailes; la separación los entristecía y la llegada de

su sobrino, suponían, podría servirles de consuelo. La alegría de las gentes del lugar y el clima conquistaron a Santiago, desde el primer momento de su llegada.

—Conseguirás que se nos haga más llevadera la ausencia de nuestro hijo, incluso podrías vivir con nosotros. —Amalia besó en la mejilla a Santiago.

—Estoy impaciente por ver lo que opinas de Las Violetas; al menos de momento, deberías tomar en consideración la invitación de mi esposa. Debo reconocer que vuestro vino no tiene nada que envidiar al nuestro.

Lorenzo trataba de convencer a su sobrino degustando una copa de vino de una de las botellas que Santiago le había traído de Mardorill.

—Sois muy generosos conmigo, me acostumbraré a mi nuevo hogar; podéis estar seguros de que solicitaré vuestra ayuda si la necesito.

—Está bien, en eso confiamos. —Amalia se agarró cariñosamente al brazo del joven—. Ahora vayamos al comedor, la cena nos está esperando.

—Sí, tendrás apetito, ha sido un largo viaje. Santiago, esta noche dormirás en nuestra casa —dijo Lorenzo, con unas efusivas palmadas en la espalda, a su sobrino—. ¡Y no hay más que hablar!, mañana será el día en que tomes el mando de tu propiedad.

A Santiago le costó conciliar el sueño, agradecido a sus tíos por su hospitalidad. No podía evitar el deseo de llegar cuanto antes al cortijo. Por el momento no sentía añoranza del norte; le pareció estimulante el carácter abierto de las gentes del sur y deseó que sus padres hubiesen hecho aquel viaje en su compañía, complacidos con la cariñosa acogida de sus primos. A través de la ventana abierta le llegaban los aromas del patio y el sonido lejano de unas cuerdas de guitarra acompañado de un cante hondo, seguramente lo traía la brisa desde la gañanía; hacía calor y la noche invitaba a la tertulia disfrutando de su frescor en el exterior de las

viviendas... Despertó al clarear el día, impaciente por iniciar la marcha hacia su cortijo y, dedicando el tiempo necesario a su aseo personal, desayunó acompañado de sus tíos. Santiago se despidió cariñosamente de Amalia para subir con Lorenzo al coche que los llevaría hacia su residencia.

El cortijo de Las Violetas, regentado por el mayoral Román Teda, fue en su construcción protegido de la vista de los forasteros con muros encalados de tapial de formidable anchura y longitud, con pocos huecos al exterior para protegerlo del calor. Los amplios jardines que albergaba estaban totalmente abandonados y poblados de maleza. El palomar, repleto de crías, esparcía considerables restos, sin que nadie se ocupase de retirarlos del suelo del patio principal de la casa, revestido con elegante cerámica andaluza. La capilla, situada en una zona apartada del patio, más orientada al sur, se había convertido en una nave desierta con la cruz en su frontal incidiendo sobre el techado. Según le informó el capataz, uno de los patios de forma circular llamó especialmente su atención por ser el tentadero en su día. Cuadras para el ganado, almacén para el grano y distintas dependencias daban al patio central de labor, que abría sus puertas al viñedo. Lo más destacado para Santiago de todo el conjunto era, en aquel momento, la gañanía, es decir, el lugar habitado por los pocos servidores contratados, pues Román, osadamente, había ocupado la parte del señorío con Susana, con la que ya mantenía una relación amorosa y los hijos de esta. Susana se apresuró a saludar a Santiago tan pronto como entró en el patio principal del cortijo.

—Buenas tardes, señor. Susana, a su servicio, me encargo de la casa. —Santiago sonrió correspondiendo a la inclinación que hizo la muchacha ante él para saludarle y, tendiéndole la mano, se adelantó para entrar en el señorío—. Sé que hay falta de limpieza, no puedo hacer más con los chiquillos, le prometo más esmero. Ya verá como le gustarán mis guisos, por favor, permítame seguir trabajando para usted, haré todo cuanto me mande.

—Susana, es evidente que el señorío no está ventilado; mi abuela gustaba de tener abiertos los ventanales durante las suficientes horas al día para que así, según me ha contado mi padre, se apreciaran los aromas del jardín, claro que ya no existen sus flores, todo se ha perdido. —Susana bajó los ojos sonrojada.

Pasaron pocos días de su estancia en el cortijo cuando Santiago, meditando mucho la decisión que iba a tomar, decidió por fin prescindir del trabajo de Susana. El joven amo no ocultaba su enojo por la deficiente atención a las labores domésticas en el cortijo; el desorden que se respiraba en cualquier ambiente de aquellos recintos superaba los límites de su paciencia. Los niños pasaban la mayor parte del día corriendo por los alrededores de la hacienda sin recibir educación, pues las labores domésticas agobiaban a la madre al no haber recibido el necesario aprendizaje. Felipe, el más pequeño, tenía un brazo vendado por una herida de perdigón de escopeta de un cazador furtivo, cuando andaban de correrías por los alrededores de la finca. Sintiendo compasión de ellos, pensó internarlos en un convento de frailes que se encontraba en los alrededores, y no dudó en apremiar a la mujer a aceptar un trabajo en la hacienda de sus tíos. Santiago estaba seguro de que podría contar con su colaboración. Precisamente cenando con ellos la noche anterior, Amalia le había confiado que tenían necesidad de contratar más muchachas para el servicio de limpieza y ayuda en la vendimia; su tía se encargaría de formar convenientemente a Susana. A primera hora de la mañana siguiente decidió comunicar a Susana y Román su determinación; comenzó por Susana, a quien había oído faenar en la cocina. Román seguía durmiendo a pesar de que ella hubiese ya abierto las dos hojas de la ventana para despertarlo.

—Arriba, holgazán, que ya tienes amo, se te acabó la buena vida.

Román tiró enfurecido una alpargata a Susana; ella, más avispada, esquivó el golpe.

La muchacha entró de nuevo en la cocina encontrándose el fuego encendido y a Santiago esperándola.

—Susana, es hora de que comiences a dar mejor provecho a tu tiempo. Es evidente que tus dos hijos están poco atendidos, no sería de extrañar que sean víctimas de alguna alimaña o capturados por maleantes que acampan por la sierra.

—Su tía Amalia, señor, ya me advirtió lo mismo unos días antes, cuando vino a informarnos de que usted estaba de camino al cortijo. Me ofreció trabajar para ella e ingresar a mis hijos en el convento de los frailes para que reciban enseñanza, pues ya había hablado con ellos, por un problema parecido con una sirvienta suya, y estando conformes los esperan en el convento. Yo no quiero que ocurra igual con los míos, señor; creí que tardaría más en llegar, ya me iba a afanar sin descanso para limpiar la casa. Los chiquillos no me obedecen cuando los llamo para lavarlos, disculpe que estén algo descuidados.

—Da gracias a que la marquesa ha puesto su mano para conseguir que los niños necesitados y conocidos de ella ingresen en el colegio; has de compensarla por el gran favor que te hará y tú podrás trabajar en su hacienda y visitar a tus hijos... Y bien, ¿qué me contestas?

Santiago apremió a Susana. La expresión severa del rostro del amo no dejaba lugar a dudas de que la determinación que había tomado era inamovible.

—Le quedo agradecida, señor.

—Comunica a Román que acuda inmediatamente a mi sala de trabajo.

Susana no tardó en ir en busca del capataz y, llorando inquieta, le contó lo sucedido con el amo.

—No adelantas nada con llorar. Si no hubieses tenido a los chiquillos asilvestrados correteando por los alrededores, quizás esto no estaría aconteciendo.

Román apartó a Susana antes de que consiguiese refugiarse entre sus brazos. Santiago se encontraba ordenando papeles cuan-